

## EL MISTERIO DEL TRIPLE SAM

### 1

Marcos Vera se había quedado profundamente dormido. Fue el sol de la tarde, entrando a lonchas finas a través de las rendijas de la persiana, quien lo despertó tras incomodarle durante un rato. Aún así tuvo un lento despertar, placentero y sin estridencias. Aquellas dos horas de sueño le habían sentado bien: le habían relajado los músculos del cuello y le habían predisposto a percibir las cosas con mayor claridad. Marcos Vera se incorporó en la cama, metió la almohada bajo los riñones y se recostó, pensando en lo bien que se sentía. Después carraspeó, respiró hondo y se dispuso a curiosear un poco por los alrededores.

La habitación era una estancia cochambrosa. Las paredes estaban desnudas, agrietadas, desconchadas y decoradas con telarañas, como las restantes del caserón deshabitado en el que se encontraba. La ausencia de mobiliario le recordó la naturaleza del lugar al que, afortunadamente a pesar de todo, había ido a parar. Ante sus ojos estaba cuanto había en la casa: la cama sobre la que estaba tendido y una mesilla de noche de madera carcomida; tres libros descansando sobre la mesilla y junto a ellos un paquete vacío y arrugado de cigarrillos americanos; un vaso de papel seco y una botella de whisky tumbada y escurrida.

Vestido sobre la cama, recostado y sin pestañear, Marcos Vera meditaba alguna manera de escapar. Quizá se hubiese levantado si hubiera tenido algún sitio adonde ir. En realidad, sólo podría darse una vuelta por el "*Triple Sam*" para comprar tabaco y otra botella de whisky cuando hubiese oscurecido del todo y fuera más difícil que alguien lo reconociera. Con todo lo ocurrido en aquellos días, lo mejor era que nadie lo viera exhibiéndose por ahí. Cualquier indiscreción, el menor descuido, y su piel estaría subastándose entre besugos malolientes en la lonja del puerto.

Buscó instintivamente el paquete de cigarrillos y lo estrujó con rabia, lanzándolo contra la pared. Del vaso exprimió dos gotas sudadas de licor con las que se humedeció la lengua gorda y pastosa, y cogió un libro por coger algo, sin la menor vocación. Lourdes se los había dejado allí, antes de ir a su trabajo de cajera en el "*Triple Sam*", para que no saliese de la habitación y se entretuviese hasta que ella pudiera regresar; pero a Marcos Vera, por muy aburrido que estuviese, pasar los ojos por aquellos gusanillos negros que componían letras, palabras y frases no le proporcionaba la más mínima sensación placentera. Por eso cerró el libro, entornó los ojos y continuó pensando en huir. Y tal vez en matar.

Al otro lado de la puerta cerrada, en el corredor, el fiel Doc vigilaba con el hocico permanentemente húmedo y alerta. De cuando en cuando miraba la puerta que lo separaba de su amigo y parecía quedarse más tranquilo en cuanto olfateaba su respiración...

Marcos Vera se acordó del día de Año Nuevo: también se había despertado con la boca pastosa y la lengua de lija en su habitación del Hotel Colón. Desde la cama, sin mover un músculo, podía ver la Catedral de Barcelona y, con la ventana abierta, como siempre le gustaba dormir, oír el juego musical de su campanario, especialmente travieso y repiqueteante anunciando el año recién nacido.

En aquel día 1 de enero era todo muy diferente. Acababa de cerrar un trato con sus buenos amigos de Porto Praia y, a pesar de sus suspicacias iniciales, el negocio había acabado bien, incluso el propio señor Richard había cumplido su palabra y le había pagado por adelantado los ciento cincuenta mil dólares pactados por la mercancía, así que se sentía feliz. Tenía hambre y usó el teléfono para pedir un desayuno completo al servicio de habitaciones.

Lourdes, la camarera, se lo quedó mirando después de dejar la bandeja sobre la mesa. Marcos Vera preguntó a qué hora terminaba su trabajo y, con pocas pero suficientes palabras, quedaron en verse después en aquella misma habitación. Luego tampoco hablaron mucho. Fue, mientras se miraban los ojos tiernamente, cuando la puerta saltó hecha añicos y a Marcos no le quedó más remedio que vaciar el cargador de su nueve largo parabellum sobre los dos hombres que entraron con las pistolas desenfundadas. A uno de ellos le dio tiempo a disparar dos veces antes de morir, y una de las balas fue a incrustarse en la pantorrilla de Lourdes.

Antes de que se desencadenara el escándalo que a continuación se produjo, Marcos consiguió salir de la habitación, dejándola a ella gritando, dolorida y desconcertada. Y con un buen fajo de billetes de diez dólares en la mano.

- Vas a tener problemas -le dijo antes de salir corriendo-. Guárdate ese dinero. Yo te buscaré dentro de unos días.

Cuando salió del hospital, Lourdes no se atrevió a volver a su trabajo en el hotel. Doce días después empezó a trabajar en el "*Triple Sam*" y Marcos la descubrió un día que había comprado una botella de whisky y notó, al recibir el cambio, que la cajera le daba dinero de más. Levantó los ojos hasta ella y apenas pestañeó. Un atisbo de turbación se percibió en el silencio que guardó durante algunos segundos. Impasible, apenas tomando aire, preguntó:

- ¿A qué hora terminas?
- A medianoche -susurró ella.
- Te estaré esperando.

Y se fue sin aguardar una respuesta. Lourdes se tragó una sonrisa que le nació de muy dentro. Desde ese momento, hasta la hora del relevo, estuvo pensando en él, en la fascinación que le producía aquel hombre del que nada sabía pero por el que, desde el momento en que lo conoció, lo hubiese dejado todo si él se lo hubiese pedido. Un hombre fuerte, duro, de acero, de esos que sólo se encuentran en las tabernas de los puertos o en las películas americanas de los años cuarenta. Un hombre, en fin, del que cualquier mujer podría enamorarse y por el que cualquiera de ellas se perdería sin pensarlo. Y eso fue lo que la asustó: Marcos Vera podía representar su libertad o su infierno, pero pensó que cualquiera de los dos territorios estaba aún sin explorar y merecía la pena intentarlo.

## 2

El 14 de febrero, Día de los Enamorados, Marcos Vera y Lourdes paseaban de la mano por el malecón del puerto de Barcelona, él fumando un cigarrillo, lentamente, ella mirando el cielo estrellado de unos días de primavera adelantada. No hablaban, nada se decían, pero estaban bien así porque en sus silencios se sentían compañeros y amantes.

Paso a paso se adentraron hacia el mar por uno de los espigones sin sospechar que, desde uno de los yates amarrados, un rifle con mira telescópica seguía la nuca de Marcos Vera desde hacía unos minutos. El gatillo fue presionado en el preciso instante en que él se inclinó para besarla y la bala, al rozarle, le quemó el cuello produciéndole un escozor rabioso, como un latigazo. Fue un ruido sordo que quebró la quietud caliente de la noche. Marcos permaneció unos segundos desconcertado, pero reaccionó abalanzándose sobre ella: rodaron juntos por el

suelo mientras las sirenas del puerto empezaban a chillar. A Vera no le quedó más remedio que arrastrar a Lourdes hasta un fuera-borda allí mismo amarrado, soltar los cabos, hacer un puente a los cables del motor de arranque y adentrarse en un mar negro como la prez en una noche sin luna.

- ¿Qué ocurre? -preguntó Lourdes aturdida mientras la motora volaba sobre las olas.

- ¡Moja un pañuelo, deprisa! -gritó él por toda respuesta.

Lourdes lo hizo torpemente y se lo entregó a Marcos sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo. Marcos se lo puso alrededor del cuello como pudo, con una sola mano, y lo sostuvo con la cabeza y el hombro sin dejar el volante, mientras pisaba el acelerador a fondo.

- Pero... ¿estás herido? -se asustó Lourdes.

- ¡No es nada! -bramó él-. ¡Agáchate y calla, por todos los diablos!

Cinco minutos después abandonaban el fuera-borda en la playa de la Barceloneta, cuando ya empezaban a oírse las barcas de la policía recorriendo las callejuelas inventadas del puerto. Se mojaron los pies al saltar a tierra y luego, doscientos metros más allá de frenética carrera, galopados desesperadamente, se tiraron en la arena jadeantes y sudorosos, sin resuello. Cuando al cabo pudo hablar, aún entrecortadamente, Marcos dijo:

- Lo siento, nena. Parece que conmigo siempre tienes problemas. No sé si es por mi culpa o porque no me traes suerte.

- ¿Pero qué está pasando, Marcos? -imploró Lourdes al borde de la histeria-. ¡Yo necesito saberlo!

- Nada, no pasa nada. Olvídalo -replicó Vera.

Lourdes se enfureció. Lo agarró por un brazo, con las manos crispadas, y dijo en voz alta, prácticamente gritando:

- ¿Cómo que lo olvide? ¿Estás loco o qué? ¡No es verdad! ¡No es verdad! ¡Claro que está pasando algo! ¡Cada vez que te veo hay tiros, y te juro que eso no suele ocurrir cuando estoy con otros hombres! ¡Vamos, que no es tan frecuente, joder!

- Sí, sí, ya imagino. -Marcos intentó calmarla-. Pero lo único que pretendo es protegerte. Cuanto menos sepas, será mejor para ti. Procura entenderlo.

- ¡Pero si no sé nada! -Lourdes lo miraba con ojos de rabia y súplica.

- Mejor. Así tendrás más posibilidades de sobrevivir.

Lourdes lo soltó bruscamente, se levantó con violencia y caminó enfurecida alejándose de él. Marcos Vera la alcanzó en una carrera, se tendió en la arena sobre ella, inmovilizándola, y la besó.

- Te quiero -le dijo.

- ¡Pues yo no! ¡Te odio! ¿Lo oyes? -gritó ella resistiéndose.

- Eso está bien -sonrió Marcos-. Duraremos tiempo.

Y se fundieron en un beso largo del que los sacó la sirena de un coche patrulla de la policía que cruzaba a toda velocidad el paseo marítimo en dirección al puerto.

### 3

Lourdes se despertó a la mañana siguiente porque notó una sensación extraña al extender su brazo y no rozar el cuerpo de Marcos a su lado en la cama. Se incorporó sobresaltada, abriendo sin esfuerzo los ojos, y vio en la almohada una nota garabateada por él

junto a la última edición de *El Periódico de Catalunya*: "Tengo que irme por un tiempo de la ciudad. Problemas. Lee la página 17 del diario. Te llamaré por teléfono. Te quiero. Marcos."

Lourdes buscó la página nerviosamente y tuvo que frotarse bien los ojos, muchas veces, para comprender la noticia que, a grandes titulares, ocupaba la página entera. El titular decía "DESCUBIERTO EL MAYOR CONTRABANDO DE PRESERVATIVOS DE TODA LA HISTORIA", y en letras más pequeñas, pero de caja también considerable, se ampliaba la noticia: "En un golpe de mano sin precedentes, la policía barcelonesa incauta doce millones de profilácticos camuflados en el doble fondo de una motora fuera-borda abandonada en la playa de la Barceloneta".

La noticia, de una extensión inusual, narraba unos hechos que la dejaron estupefacta y temblorosa. Tuvo que leer varias veces cada párrafo para procurar comprenderlos en toda su complejidad. Estaba alelada, descompuesta. La historia que se contaba en *El Periódico* le iba poniendo la piel de gallina mientras devoraba, línea a línea, su lectura, y al final de cada frase dudaba si aún estaba dormida y todo aquello formaba parte de una pesadilla. Por tercera vez leyó la información y esta vez lo hizo en voz alta, para asegurarse de que estaba despierta.

*"En la madrugada de hoy, la Jefatura Superior de Policía de Barcelona ha informado de que, pasada la medianoche, dos miembros de la organización terrorista Granollers Lliure intentaron camuflar una motora fuera-borda en el puerto de Barcelona, siendo interceptados en su acción delictiva por las fuerzas de seguridad que, conociendo las intenciones de los terroristas, les venían siguiendo de cerca desde hacía varios días, cuando fue detectada su presencia en la Ciudad Condal. Al verse sorprendidos, los terroristas se hicieron a la mar y, tras una persecución vertiginosa, con intercambio múltiple de disparos, los terroristas abandonaron la lancha en la playa de la Barceloneta, huyendo a continuación a pie sin que la policía pudiera darles alcance.*

*'La embarcación, matriculada en Barcelona, un último modelo robado, contenía bajo su cubierta, protegido por plásticos, un cargamento de quinientas mil cajas de preservativos de veinticuatro unidades cada una de ellas, cuyo valor en el mercado se estima en unos seiscientos millones de pesetas. Los profilácticos, de la marca Sex-Life, están prohibidos en todo occidente, siguiendo las instrucciones de la Organización Mundial de la Salud (O.M.S.), pues forman parte de los residuos defectuosos y en mal estado -y por lo tanto peligrosos- de una conocida marca de preservativos que en su día fueron almacenados para su destrucción y que desaparecieron misteriosamente el pasado verano de la propia fábrica de Toledo, Ohio, EEUU.*

*'En otro orden de cosas, la redacción de El Periódico ha podido saber, de fuentes de la propia policía, que no es cierto que en la persecución de los terroristas hayan intervenido los Mossos de Escuadra, las Fuerzas Armadas, la Marina ni ningún otro cuerpo militar ni de la Guardia Civil. El Cuerpo Superior de Policía se atribuye, en exclusiva, la "Operación Butifarra", como ha sido denominada la acción destinada a la detención de los terroristas finalmente huidos."*

Lourdes leía y releía sin salir de su asombro. Tenía miedo porque nada de lo que estaba leyendo se ajustaba a lo que ella había vivido la noche anterior. Tenía miedo porque podía volverse loca si pretendía entender todo aquello. Tenía tanto miedo que miles de preguntas se le enredaron en el cerebro con la pretensión de quedarse allí, atormentándola. ¿Marcos un terrorista? ¿Qué tenía que ver Marcos, que además era valenciano de la Ribera Baixa, con una organización terrorista independentista catalana? Y, sobre todo, ¿qué tenía que ver ella en un complot internacional de contrabando de preservativos, ella que trabajaba en un autoservicio-drugstore de cinco a doce, todos los días menos los domingos, por un salario ridículo? Dejó el

periódico sobre la cama, abatida, y se quedó colgada del techo, sin saber si lo miraba o rezaba a las alturas.

De lo único que estaba segura, en todo caso, era de que se había metido en un buen lío y que no le iba a quedar más remedio que hacer algo antes de que las cosas se le fuesen de las manos, en el supuesto caso de que no se le hubiesen escapado ya.

#### 4

A esa misma hora, en un lujoso semisótano de la Diagonal, un hombre gordo con un blanquecino bigote tieso y recortado, envejecido a disgustos pero rebosante de energía, daba furibundos puñetazos sobre su enorme mesa de caoba, fuera de sí, frenético. Con cada puñetazo temblaba todo el despacho, incluyendo la moqueta y el falso Miró que tiritaba a su espalda, colgado de la pared, y hasta las gruesas venas de su cuello, rebosantes y granas, tiritaban para mostrarse en todo su esplendor. Ante él, de pie y con la mirada pegada a sus zapatos, un hombrecillo con las manos unidas sobre la bragueta se mantenía sumiso y acobardado a la espera de que pasase la tormenta. Sólo, de cuando en cuando, levantaba sus ojos a la colilla de puro habano -que alguna vez debió de ser magnífico, hermoso, enorme, apetitoso- que colgaba de los labios de su jefe, milagrosamente prendido a pesar de los incesantes gritos con que acompañaba sus puñetazos rabiosos.

- ¡Es usted un imbécil, Altramuz, un imbécil!

- Pero jefe...

- ¡Un imbécil y un cretino! ¡Un cretino con menos cerebro que una botella de agua sin gas! Pero..., ¡será posible! ¡Cómo se puede ser tan imbécil! Pero, ¿cómo se le ocurre andar disparando delante de la motora? ¿Cómo se le ocurre? ¡Imbécil! ¡Rematadamente imbécil!

- Pero jefe, usted me dijo que eliminara a Vera y yo...

- ¡Un idiota! ¡Eso es lo que es usted! ¡Un idiota!

- Pero yo, jefe... -el hombrecillo permanecía de pie, disculpándose como podía, balbuciendo frases incongruentes, con la mirada pegada al suelo y encogiéndose de hombros cuando hablaba.

- ¡Largo! ¡Largo de aquí! -gritaba el jefe descompuesto-. ¡No quiero ni verlo! ¡Ha estropeado una operación de...! ¡Que se largue, he dicho!

- Sí, sí, jefe...

- ¡Y dígame a Andreu que venga aquí inmediatamente!

- Sí, jefe. Como usted ordene, jefe... ¿Alguna cosa más?

- ¡Que se quite de mi vista! -bramó golpeando otra vez la mesa con una furia descomunal.

Altramuz salió desolado del enorme despacho. ¿Y qué culpa tenía él si Marcos Vera se había agachado en el preciso momento en que apretaba el gatillo?, se preguntaba. Eso le puede ocurrir a cualquiera, se repetía a sí mismo, dándose ánimos.

En el recibidor, desplomado en un sillón y limpiándose las uñas con la punta de una navaja, estaba Andreu, que había oído los gritos pero daba la sensación de que no le impresionaban en absoluto.

- El jefe quiere verte. Te está esperando -dijo Altramuz.
- Bueno -se incorporó Andreu.
- Y ten cuidado -le advirtió Altramuz-. Creo que no está de buen humor.

Andreu asomó la cabeza por la puerta del despacho del jefe y, mostrando una sonrisa de fraile limosnero, preguntó:

- ¿Puedo pasar?
- Pasa, Andreu, pasa -el jefe suspiró mientras succionaba profundamente de la colilla del puro.
- Diga, jefe.

El jefe exhaló una bocanada de humo mirando al techo, en donde debía haber una lámpara, pero como no la había se conformó con detener sus ojos en una pelusa que colgaba de las alturas. Con un ademán le indicó que se sentara y comenzó a hablarle despacio, asegurándose de que su hombre comprendía cuanto le estaba diciendo.

- Cambio de planes, Andreu. Por el momento hay que olvidarse de eliminar a Vera. Ahora lo que hay que hacer es algo más complicado: vamos a planificar cuidadosamente un secuestro.

El jefe mantuvo silencio durante unos segundos para intentar descubrir alguna reacción en Andreu. Pero su expresión permaneció tan fiel al rigor mortis como correspondía a un gánster que se preciaba de serlo. Entonces el jefe silabeó, como justificando sus planes:

- No nos queda más remedio...

Andreu creyó llegado el momento de aparentar algún interés por los proyectos financieros de su jefe, lo que sin duda agradecería, y se incorporó en la silla dejando traslucir una mirada de complicidad y admiración.

- ¿Un secuestro? ¿De quién, jefe?

- De Pujol -respondió con ensayada frialdad el jefe, aparentando una profesionalidad envidiable.

- ¿Del *president*? -por un momento se alarmó Andreu.

- ¡Claro, idiota! ¿De quién va a ser? Lo he pensado bien y es el único por el que podemos pedir los seiscientos millones que hemos perdido con la estupidez de Altramuz.

- Pero jefe... El *president*...

- Pues a ver, listo, ¿por quién nos darían ese dinero? Ni Gaspart los vale. Secuestrando a Pujol, toda Cataluña participará en una colecta por su liberación. Incluso yo aportaré algo... -el jefe juntó sus manos, se reclinó en el sillón y miró beatíficamente a las alturas.

- No lo niego, jefe -replicó Andreu haciéndose el interesante- La idea es genial, como todas las tuyas, pero habrá que preparar el plan con mucho cuidado... El *president* siempre lleva mucha escolta...

- Está todo previsto -el jefe daba la sensación de que el proyecto lo ilusionaba y que, además, tenía las ideas más claras que nunca-. Todo previsto. En un par de días os podré dar todos los detalles de la operación. Pero por ahora, ni una palabra a nadie, ¿entendido?

- Una tumba, jefe -Andreu hizo un significativo gesto de sellar sus labios con los dedos.

- Y a propósito de tumbas... -el jefe se recostó sobre la mesa-. Elimina a ese animal de Altramuz. Y te advierto que no te elimino a ti, por recomendármelo, porque sé que en el fondo eres un buen tipo. Pero a ese idiota...

- Pero jefe..., yo pienso...

- ¡Aquí sólo pienso yo! -gritó de nuevo-. Altramuz, Altramuz..., ¡Vaya elemento! Lo traes de Almería, diciéndome que es el mejor tirador del mundo y no sólo no elimina a Vera sino que

un poco más y pone una *sex-shop* con el cargamento de preservativos en pleno puerto y de madrugada. ¡De Almería...! ¡Vaya fichaje...!

- Pero jefe -intentó terciar Andreu-, últimamente hemos tenido muchas bajas y quedamos cuatro gatos en la banda. Si eliminamos a Altramuz nos vamos a quedar en cuadro...

- ¡Tú de eso no tienes que preocuparte! -el jefe insistía en sus gritos-. ¡Aquí el que manda soy yo, no lo olvides!

- Por supuesto, jefe, pero yo...

- ¡Basta ya, *cullons!* -vociferó, dando un fuerte puñetazo en la mesa-. ¡*Com t'estires l'has cagat, Andreu!* ¡Mira que...!

- Vale jefe, a sus órdenes -se acobardó Andreu-. ¿Cómo lo elimino?

El jefe dio una chupada a lo que quedaba de puro y se recreó en la respuesta:

- Sistema nueve.

- ¡Estupendo, jefe! -lo celebró Andreu.

Se levantó y se dispuso a salir. Antes de llegar a la puerta se volvió y, aunque sorprendió al jefe con el dedo escarbándose la nariz, no disimuló y dijo:

- Me llevaré a Martorell, ¿le parece?

- No, a Martorell no -replicó el jefe-. Lo necesito para completar otro plan. Llévate a Rius.

- ¿Qué plan, jefe?

- El asunto Vera -dijo cerrando los ojos-. Voy a filtrar su foto en todos los periódicos como el responsable del cargamento. La policía nos ayudará a deshacernos de él. Y en la cárcel será más fácil eliminarlo.

- Es usted un genio, jefe. ¡La de veces que lo habré dicho!

El jefe sonrió levemente, como restándole importancia al comentario halagador. Y más cuando Andreu concluyó:

- ¡...Y no me cansaré de decirlo!

Cuando cerró la puerta, el jefe terminó de sacarse el moco de la nariz y lo pegó bajo su sillón, mientras con la colilla del puro se quemaba ligeramente los labios...

## 5

También a esa hora, el responsable de Prensa y Propaganda de *Granollers Lliure* desmentía, en llamada telefónica a la redacción de *Avui*, la participación de su movimiento de liberación independentista en el asunto pequeño-burgués de los preservativos. Desde la misma habitación, Joan Guixols i Ampurdán, miembro destacado de la dirección de *Granollers Lliure*, llamaba a la redacción de *El País* en Barcelona para implicar a la Generalitat de Catalunya en la comisión del delito, denunciando que se trataba de otro de sus innumerables casos de corrupción. Cuando ambos colgaron el teléfono, volvieron a la mesa donde continuaba la reunión del Comité Central de la organización.

Desde las ventanas del piso se divisaba muy bien la plaza de Cataluña. Era un ático en las Ramblas, modestamente amueblado, propiedad de una viejecita que lo alquilaba por horas para completar sus ingresos mensuales porque la pensión de jubilación no le daba para vivir. Así, no cabe extrañarse de que de las paredes colgaran retratos del papa Pío XII, de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y una reproducción plastificada del *Cristo* de Dalí. Sobre la

cómoda, un retrato de Franco, "jovencísimo y guapísimo" como decía ella, presidía la habitación, junto al que alumbraba una vela encendida permanentemente renovada. Más extraño era, sin duda, que hubiese hasta tres teléfonos en la casa, para la modestia general del pisito, pero el hecho de que fuese viuda de un empleado de la Telefónica, que además dedicó buena parte de sus años jóvenes al estraperlo, explicaban el dispendio telefónico.

Joan Guixols fue el primero en hablar al reincorporarse a la mesa:

- Insisto en que no hemos hecho bien. Mejor dicho, que lo hemos hecho fatal. Si Pujol se cabrea con nosotros, vamos de culo. ¡Cómo si no tuviésemos ya bastantes problemas con las fuerzas de ocupación!

- No seas pesado, Joanito -le recriminó Subirats, el secretario general-. Este marrón nos lo tenemos que quitar de encima como sea. Bastante mala reputación tenemos ya como para vernos involucrados en un asunto de pornografía. ¡La revolución no admite libertinajes!

- ¿Libertinaje? -ironizó caústico Carbonell, ajustándose las gafas redondas modelo troskista que sujetaba a las orejas con finos hilos de aluminio maleable-. ¡Te recuerdo que yo soy el ideólogo de la organización y según los estatutos soy yo quien decide lo que es libertinaje y lo que no lo es!

- ¿Y no es libertinaje -se asombró Subirats ante la actitud arrogante de su compañero- el comercio con material sexual?

- Sí -sentenció Carbonell después de pensárselo unos instantes, dando a su figura un aire trascendente que en todo caso no venía a cuento.

- ¿Entonces...? -Subirats estaba totalmente desconcertado.

- Pues que lo he decidido yo, y hasta que yo no lo he decidido, tú no tenías que afirmar que lo era. ¡Los Estatutos!

Todos miraron perplejos al ideólogo de la organización. Al cabo de unos segundos de silencio, que Carbonell aprovechó para volver a ajustarse los lentes y ponerse a leer con ostensible presunción el "*¿Qué hacer?*", de Lenin, el secretario general volvió a tomar la palabra:

- En resumidas cuentas: que hemos hecho bien desmintiéndolo todo y cargádoselo a la Generalitat. Siguiendo punto del orden del día. Intendencia. Necesitamos cuarto y mitad de goma-2 para esta noche. ¿Formamos una comisión que lo debata o lo decidimos en plenario?

## 6

Entretanto, Lourdes seguía mirando el techo, en el que veía sobreimpresionada la película de los hechos que había vivido y, a la vez, los que narraba el periódico, en dos versiones tan diferentes que, a fuerza de entremezclarse, le resultaban irreconocibles. De su ensimismamiento la sacaron dos golpes que alguien dio, con suavidad, en la puerta de la casa. Se asustó y contuvo la respiración, agarrotada... Pero, poco después, tras volverlos a oír, no tuvo más remedio que sentarse en la cama y preguntar con voz temblorosa:

- ¿Quién es?

- Yo -respondió firme la voz de Marcos, más allá de la puerta.

Lourdes saltó de la cama y corrió a abrir. Mientras se abrazaba a él, llorando, no paraba de repetir:

- Cariño... He pasado tanto miedo... El periódico, tu nota... Todo... -Lourdes lloraba en los brazos de Marcos desconsoladamente e hipaba, con una pena que conmovió al mismísimo Marcos Vera.

- No te preocupes, pequeña, no te preocupes. Todo se va a solucionar muy pronto, ya lo verás -le dijo mientras la llevaba a la cama y le besaba la mejilla y la frente.

- ¿Qué sucede, Marcos? ¿Qué está ocurriendo?

- Chapuzas, sólo chapuzas -respiró hondo-. Y muchos controles policiales por toda Barcelona. Lo he intentado pero no hay manera de salir de esta maldita ciudad. Las carreteras, la estación, el aeropuerto... Esta vez estamos en un mal momento, pequeña... Malo de verdad.

Marcos la abrazó aún más fuerte y se quedó pensativo. Ella lloraba amargamente en sus brazos. Algunas gotas de lluvia salpicaron los cristales de la ventana. El día se había puesto gris de repente y las aceras se volvieron resbaladizas, brillantes, sucias. Algún vecino puso la radio y las notas de la *Sinfonía fantástica*, de Berlioz, hicieron aún más largo y triste el abrazo. Marcos, súbitamente, se separó de ella, tomó su cara entre sus manos y le dijo:

- Voy a explicártelo todo. Creo que tienes derecho a saberlo...

## 7

Marcos Vera llenó de aire los pulmones y dudó unos instantes hasta saber por dónde comenzar el relato de los hechos que les había llevado hasta aquel estado tan aparentemente desolador, según lo veía Lourdes. Sabía que su exposición podía ser, además de larga, farragosa, incluso que era posible que ella no acabara de entenderla en toda su complejidad. Por eso, para darle más facilidades, Marcos le suplicó que si se embarullaba un poco, o no entendía algo, que no lo interrumpiera, que esperase al final para pedirle una ampliación o aclarar algún extremo confuso, porque si le cortaba el hilo acaso ni él supiera retomarlo después. Así lo convinieron y Marcos empezó por el principio, procurando no perderse en demasiados detalles.

- Hace un par de años yo tenía un negocio bastante rentable de exportación de cítricos a los países de la Comunidad Europea, naranjas y limones, ya sabes, sobre todo naranjas. Llevaba con eso varios años y, con mucha suerte y un poco de inteligencia, había ganado una buena cantidad de millones y, lo más importante de todo, me había logrado instalar en un trabajo cómodo que me dejaba mucho tiempo libre. El trabajo me permitía viajar y, como es lógico, en mis frecuentes viajes iba haciendo amigos aquí y allá, por todas partes, sobre todo en Marsella y en Lyon, en donde pasaba buena parte del año, sin duda porque allí encontré a unos tipos encantadores con los que disfrutaba de lo lindo en eternas partidas de pócker con las que, en una sola noche, podían ganarse o perderse muchos millones, algo fascinante, de verdad. Gracias a ellos pude introducirme en un negocio de juegos clandestinos muy rentable en el que mi única misión consistía en encontrar jugadores españoles que quisieran participar en ciertas partidas en Marsella, por supuesto con apuestas fuertes. Después, según el resultado de sus apuestas, yo me encargaba personalmente de pagarles sus beneficios en Barcelona o de cobrar sus pérdidas, unas operaciones financieras que, como ves, a ellos no les exigía desplazarse, ni pasar grandes sumas por la aduana, que estaba muy vigilada por la policía, ni nada por el estilo:

un juego seguro y muy atractivo para ciertos jugadores que preferían no presenciar el desarrollo de sus inversiones o todo lo más seguir las partidas por teléfono. A cambio de ello, a mí me correspondían unas comisiones que, dada la envergadura de las cantidades de dinero que se movían, no eran en absoluto despreciables, como podrías imaginar. Hace dos años, pues, yo tenía un negocio de exportación de naranjas como tapadera legal, muy rentable por cierto, y el asunto del juego, más rentable aún. Como supondrás, sucedió lo que tenía que suceder: me hice con tanto dinero que no sabía qué hacer con él, no sabía cómo invertirlo ni cómo justificar tantos millones resultantes de semejantes ganancias. Entonces ocurrió otra casualidad que cambió mi vida. Por el soplo de un amigo francés, ex-agente de la CIA y vinculado ahora a otros negocios, supe que una de las más importantes multinacionales del preservativo ampliaba capital, una que tenía su sede en Valencia, California, EEUU (lo que me resultó muy romántico, un negocio *valenciano*, puedes figurártelo), y una subsele en Toledo, Ohio, EEUU. Me pareció tan patriótica la inversión que, en cuanto me aseguré de que se trataba de un negocio en expansión, no dudé en hacerme con el paquete de acciones que se me ofrecía. Así lo hice, aunque la condición de accionista conllevaba otros pequeños trabajos, como desviar de tarde en tarde algún cargamento en regular estado de conservación. En la multinacional invertí una minucia de cincuenta millones de pesetas. Esto último es una anécdota sin importancia pero, además de que mis acciones se han revalorizado mucho (ahora mi capital en la empresa asciende a unos dos mil millones), si te lo cuento es para que comprendas que es cierto que tengo alguna relación con la industria del preservativo, que el cargamento de la barca de anoche debe de ser el mismo que yo entregué el mes pasado a un individuo en Tarrasa y que, si lo relaciona todo la policía, puedo tener problemas.

'Pero por otro lado hay un asunto más grave, y esto me parece lo peor, porque ha ocurrido un caso muy feo con el negocio del juego clandestino, un asuntillo que constituye el problema principal o la otra vertiente de mis problemas, no sé la relación exacta. Un tipejo de esta ciudad, un tal Lluís Mateu, perdió en una apuesta quince millones. Se trata de un aprendiz de matón, de un gánster de baja estopa, pero cuando fui a cobrar me recibió con una pistola en la mano y la amenaza de tirarme al mar con una piedra de cincuenta kilos atada al cuello. Desde entonces, sabiendo que soy el único que puede cobrarle en Barcelona, y que además no estoy muy protegido, su obsesión consiste en liquidarme para que así su deuda se olvide, para que su deuda se entierre en mi ataúd. Por eso me intenta matar, cariño; lo intentó en el hotel y lo intentó anoche otra vez en el puerto. La situación se ha complicado, ¿entiendes? No sé cómo, pero tengo que esperar a que las aguas se calmen, a que pase un poco este follón. Después, buscaré a Mateu, le cobraré su deuda o lo mataré, ya veremos del humor que me pilla, y sanseacabó. ¿Lo has comprendido?

Lourdes tenía los ojos desorbitados. La boca, entreabierta, succionaba aire aceleradamente, y se diría que no había entendido nada si no fuera porque sus ojos brillaban de una manera especial, porque una leve sonrisa se le escapaba sin poder controlarla y porque la expresión de su cara era luminosa, traslúcida, angelical, muy parecida a la del ejemplo paradigmático de felicidad. Apenas tardó unos segundos en reaccionar y decir:

- ¿Con que unos dos mil millones, eh?
- Bueno, más o menos -admitió Marcos.

- Todo solucionado. Tú te escondes unos días en la torre de mis padres. Cuando ellos murieron se quedó allí, deshabitada y sin muebles, pero a cien metros del "*Triple Sam*", al lado de mi trabajo como quien dice. En el cuarto de arriba hay una cama y algo más, por ahora tendrás bastante. Después, cuando pasen unos días, yo voy a buscar a Mateu, lo seduzco, lo

llevo allí invitándole a tomar unas copas y lo matamos. Inmediatamente vendo la torre, tú vendes tus acciones y con toda la pasta empezamos una nueva vida en las Islas Seychelles. ¿Qué te parece?

Ahora fue Marcos quien se quedó estupefacto. Aquella mosquita muerta parecía de repente la madre de don Vito Corleone. Había resucitado y de su boca salía, sin el menor pudor, una historia febril de policías y ladrones, de Matahari y espías, de Bonny and Clyde. En el rostro de Lourdes ya no quedaban huellas de miedo ni lágrima alguna. Estaba tan viva que parecía dispuesta a hacerse con una "*marietta*" y limpiar ella sola la ciudad, como la hermana pequeña de Rambo o la cuñada sucia del sucio Harry. Marcos tuvo que hacer un considerable esfuerzo para salir de su estupefacción y recobrar la calma. Calló, prudente y reflexivo; y luego se limitó a preguntar:

- ¿Tú tienes una torre?  
- Sí. Aunque por poco tiempo...  
- No entiendo una palabra -dijo Marcos un poco nervioso con todo aquello.  
- Ayer mismo la puse a la venta. Puse anuncios en los periódicos. ¿No te parece magnífico?

- ¿Y está deshabitada? -se extrañó Marcos.  
- Sí. Allí sólo está el pobre Doc, mi perro, cuidándola.  
- Lo que no entiendo es por qué no vives tú allí.  
- Porque es enorme y amueblarla cuesta una pasta, joder. Y yo estoy a verlas venir, ya sabes. Pero en cuanto la venda...

Marcos lo pensó unos instantes y aceptó el plan. Se trasladó con Lourdes a la hora de comer, buscando pasar desapercibidos, y se llevó unos libros, una botella terciada de whisky y un vaso de plástico.

A los pocos minutos de llegar, Marcos y Doc se hicieron buenos amigos. Lourdes le pidió, rascándole la cabeza, que cuidara bien de su nuevo amigo y el perro pareció asentir ladrando alegremente y mordisqueando, juguetón, los pantalones de Marcos. Lourdes se despidió para ir a trabajar y él se encerró en la habitación del piso de arriba. Antes de irse, le preguntó cuándo quería que empezase su aventura con Mateu, pero Marcos le dijo que esperase, que tenía que pensárselo un poco.

## 8

Altramuz caminaba con cierto aire de resignación entre Andreu y Rius por el Parque de Atracciones de Monjuich. Era la hora de comer y el sol de febrero empezaba a picar un poco, un sol brillante y fuerte vencedor de las cuatro gotas caídas sobre Barcelona un rato antes. Tenía hambre, pero como Andreu y Rius no decían nada, y eran más veteranos en el grupo, guardó silencio. Además, el ambiente estaba enrarecido: Andreu estaba disimulando como podía y Altramuz no sabía por qué.

- ¡Hay que ver qué ocurrencias tiene el jefe! ¡Mira que empeñarse en que le echemos un vistazo a esta zona por si encontramos a Marcos Vera! Algún soplo, supongo.

- Sí, eso será -ratificaba Rius con cara de comedor glotón de palomitas.

Altramuz miraba indistintamente a uno y a otro sin creerse una palabra de lo que decían. Sabía que algo iba mal y empezó a preocuparse. Una preocupación que se le agarró al estómago cuando le hicieron una propuesta estúpida.

- Anda, Altramuz, hijo. Súbete a la noria a ver si ves algo desde allá arriba.

Andreu se lo dijo de tal forma que las sospechas se convirtieron en convicciones.

- Es que yo tengo vértigo -mintió Rius, y también le salió fatal la mentira.

- Y yo una jaqueca espantosa -terminó de arreglarlo Andreu-. Debe ser que se avecina tormenta.

- Pues claro que se avecina tormenta -remachó Rius.

- ¡Calla, imbécil! -se puso nervioso Andreu.

Altramuz los miraba con una expresión anodina, incrédula y sutilmente despectiva. Se dio cuenta de que estaba con dos idiotas que se estaban excusando por lo que iban a hacer. Pero él tenía una ventaja: jugaba con la convicción de que le estaban preparando una encerrona que él conocía, pero que ellos ignoraban que conociera. Por eso fingió que iba a obedecer y se adelantó un poco.

- ¿Adónde vas? -gritó histéricamente Andreu.

- A comprar una ficha -replicó pausado y seguro Altramuz.

- Ah, bueno, claro, sí, una ficha, una ficha... -respiró Andreu mirando a Rius, sonriendo bobamente y haciéndole un discreto gesto para que apartara su mano de donde la había metido, junto a la sobaquera.

Pero Altramuz, "el mejor tirador de Almería", no compró la ficha. Echó a correr en cuanto se hubo separado unos metros de sus verdugos y les dio esquinazo entre el Tren de la Bruja y la Cueva del Dinosaurio, escapándose por la galería de los espejos y el tobogán. Poco después tomó un autobús que le devolvió al centro de la ciudad y, por si acaso, cambió de autobús tres veces, otras dos entró en el metro y, al final, un taxi lo dejó extenuado, tras darle un par de vueltas por Barcelona, en un bar del puerto, en donde pidió una tónica y se la bebió de un trago. Enfrente, nada más cruzar la calle, había un hipermercado, el "*Triple Sam*", y entró a comprar un cuchillo de monte y todos los periódicos del día, para disimular.

Cuando fue a pagar, Altramuz reconoció inmediatamente a la chica de la caja, la misma que había estado en el teleobjetivo de su rifle la noche anterior. La miró asustado porque creía que lo iba a reconocer, pero de inmediato recordó que ella no podía hacerlo porque no lo había visto nunca. Así pues, más tranquilo, Altramuz volvió a sentarse en la terraza del bar buscando la manera de abordarla para intentar un pacto con Vera que les salvara la piel a ambos, un pacto para acabar de una vez por todas con Mateu, el enemigo común, después de lo que había pretendido que hicieran con él en el Parque de Atracciones.

- ¡Sois un par de imbéciles! -gritaba detrás de su enorme mesa Lluís Mateu, en su despacho de un semisótano de la Diagonal, mientras golpeaba con el puño de una mano el escritorio y con la otra sostenía la colilla de puro que, milagrosamente, aún humeaba entre sus dedos.

- Sí, jefe -replicaban a coro Andreu y Rius.

- ¡Unos imbéciles y unos ineptos! ¡Pero qué habré hecho yo, Señor, para estar siempre rodeado de idiotas! ¡Andreu!

- Sí, jefe...

- ¡No te despido porque te necesito! ¡Pero ahora mismo recibirás tu merecido! Rius: dale un puñetazo en la boca.

- Sí, jefe.

El puñetazo dio con Andreu en el suelo. Cuando se reincorporó, dolorido y sangrando, Mateu le ordenó:

- Y ahora tú, Andreu. Dale un puñetazo en el hígado a Rius.

- Sí, *fefe* -y por lo bajo le dijo a Rius-: Ahora *fas a fer*, animal.

Cuando Rius se levantó, sujetándose el vientre con las manos, el jefe estaba un poco más calmado. Se atusó el pelo de la nuca y, tomando aire, dijo:

- Está bien. Olvidémonos de Altramuz. Ahora hay que poner en marcha la operación secuestro, de la que ya os hablé. Yo voy a salir. Tú -le dijo a Andreu-, prepárame un plano detallado de todo el barrio gótico, un plano cuyo centro sea el Palau de la Generalitat. Esta noche quiero trabajar sobre él.

- ¿*Fa* a salir solo? -fingió preocuparse Andreu, más que nada para congraciarse con el jefe.

- Claro, idiota. ¿O es que no puedo?

- Pero *fefe*...

- Ni jefe ni nada. No hay de qué preocuparse. He leído que se vende una torre cerca del puerto y voy a echar un vistazo. Puede interesarme comprarla, o al menos alquilarla por unos días. A algún sitio habrá que llevar al secuestrado...

- Si quiere lo *afonfaño*, *fefe* -se ofreció Andreu mientras con un pañuelo se limpiaba los restos de sangre que fluían por la comisura de sus labios.

- Tú, al plano. Ya te lo he dicho.

- Si quiere voy yo -propuso Rius.

- No. Tú te quedas viendo revistas del corazón. Cuando vuelva, quiero un informe completo de la mujer del *president*. Costumbres, fiestas a que acude, todo. Puede sernos de gran utilidad.

- Por cierto jefe -dijo Rius-. Ya hemos filtrado que Marcos Vera ha sido el responsable de lo de los condones. La prensa ha preguntado que si era de *Granollers Lliure* y he dicho que sí, no sé, me parecía que sonaba bien. ¿Qué es eso de *Granollers Lliure*, jefe? ¿Qué es?

- Ni idea, pero has hecho bien. Ahora me voy.

Un viejo militante socialista, afiliado también a la U.G.T., tenía un bar en la calle principal del puerto, justamente enfrente de un autoservicio-drogstore que se llamaba "*Triple Sam*". No muy sobrado de dinero, alquilaba la trastienda por horas a peñas y comparsas para que celebrasen sus reuniones y asambleas, coordinaran sus festejos y se emborracharan si querían.

La trastienda era una habitación amplia, con una gran mesa rectangular en el centro sobre la que alumbraba una bombilla de 60 vatios y doce sillas desuniformadas a su alrededor, de procedencia tan diversa como imposible de averiguar. En las paredes, pintadas en rosa fuerte, se amontonaban fotografías del Barça, de Serrat y de Guillermina Motta. Presidía la habitación un retrato gigante de Pablo Iglesias, flanqueado por uno de Felipe González y otro de Nicolás Redondo. Debajo de ellos, otros más pequeños sarpullían la pared, fotografías de Largo Caballero, Saborit, Maragall, Tierno, Nin, Guerra y otros dirigentes socialistas, entre los que estaba, inexplicablemente, Boyer. A las siete de la tarde, en aquella trastienda, y sin saber el dueño a quiénes se la había alquilado en realidad, se reunía el Comité Central de la organización terrorista *Granollers Lliure*. Y en ese momento estaba en el uso de la palabra el secretario general, Subirats.

- Os he convocado urgentemente porque he recibido una llamada de nuestro enlace en la redacción de *El Mundo Deportivo* y me ha informado de que ha llegado por el teletipo la noticia de que un tal Marcos Vera, militante de nuestra organización, ha sido el responsable del contrabando de preservativos que se ha descubierto anoche en la playa de la Barceloneta. Y yo pregunto ahora: ¿quién coño es ese Marcos Vera?

Todos guardaron un silencio de hierro mientras intercambiaban miradas inexpresivas y se encogían de hombros. Al cabo de unos segundos, Guixols tomó la palabra.

- Como ves, camarada, nadie conoce a ese Vera. No obstante, te recuerdo que nuestra estructura organizativa, cimentada en células incomunicadas, permite la existencia de muchos miembros de la base desconocidos para la dirección. Cada responsable de célula...

- Ya lo sé, ya lo sé... -le cortó Subirats-. Pero tiene que haber alguna manera de hacerse con ese dato urgentemente, de conocer en profundidad a la totalidad de la militancia. Los responsables, los enlaces, no sé... El prestigio de la organización precisa de total transparencia. Si Vera pertenece a *Granollers Lliure* y ha sido el autor de los hechos, desmintiéndolo podemos quedar en ridículo, en el más espantoso de los ridículos, y os recuerdo que ya hemos desmentido nuestra participación. Y lo que es más: sería una cobardía y una indignidad no reivindicar, o desmentir, una acción revolucionaria nuestra si en realidad ha sido nuestra. O de uno de los nuestros, lo que viene a ser lo mismo. ¡La revolución no puede ser indigna ni cobarde!

- ¡Alto ahí, camarada! -levantó la voz Carbonell, ajustándose las gafas-. Te recuerdo que soy el ideólogo de esta organización y soy yo...

- ¡Vale! ¡Vale! -Subirats estaba ligeramente enojado-. ¿Puede ser la revolución indigna y cobarde? ¿Puede serlo, camarada Carbonell?

- No -replicó éste, tras pensárselo unos instantes.

- Pues bueno -la mirada de Subirats no expresaba precisamente cordialidad-. Repito: la revolución no puede ser indigna ni cobarde.

Carbonell, satisfecho con la actitud del secretario general, sonrió apenas y se puso a leer ostensiblemente el Libro Rojo, de Mao.

- Seguimos, pues -continuó Subirats-. ¿Cómo podemos saber si Marcos Vera...?

- De ninguna manera -sentenció Guixols.

- ¿Entonces? -volvió a interrogar el secretario general a sus compañeros.

Todos se miraron largamente sin abrir la boca. Subirats se puso de pie y dio un paseo rodeando la mesa. Dio otra vuelta y otra más. Los camaradas esperaban que se le ocurriera algo, y mientras esperaban se entretenían haciendo las cosas más diversas: uno de ellos una pajarita, otro ojeaba el As, un tercero garabateaba sobre un papel y otros dos señalaban los retratos que colgaban de las paredes haciéndose gestos y señas que indicaban que estaban

hasta la coronilla de reunirse bajo las presidencias fotografiadas de todos sus enemigos. Al cabo de seis o siete vueltas alrededor de la mesa, el secretario general se paró, se rascó la barbilla y sonrió.

- ¡Ya lo tengo!

Y se sentó seguro de su triunfo, recostándose sobre la silla, satisfecho de sí mismo. El Comité Central en pleno lo miraba ansioso, esperando escuchar otra genialidad de su secretario general.

- Ya lo tengo -repitió al cabo de unos largos segundos de silencio con los que pretendía dotar a su narración de la necesaria intensidad dramática que hacen de un líder sólido un líder sólido-. Daremos otro comunicado a la prensa diciendo que el desmentido de esta mañana no ha sido nuestro. Que tampoco lo reivindicamos por ahora pues, dado lo extensísimo de nuestra organización, necesitamos tiempo para que informen nuestros doce mil comandos sobre sus actuaciones.

- ¿Doce mil? ¿He oído doce mil? -Palau i Pons, el responsable de organización, se desternillaba de risa-. ¡Habría que quitarle tres ceros y aún así sería una exageración!

- ¿Por qué no haces un poco de autocrítica, compañero? -le recriminó López i López, el tesorero.

- ¿Y tú por qué no pones orden en los libros? -replicó Palau i Pons, amenazadoramente.

- ¡Basta! ¡No quiero líos ni disensiones internas! -gritó Subirats-. A mí me parece una buena idea. De paso nos hacemos propaganda...

- Si es que se van a reír... -terció Guixols.

- Bueno, pues decimos ocho mil -concedió Subirats.

- ¿Tres mil? -preguntó ingenuamente Puig.

- Está bien -cortó Subirats-. Formaremos una comisión que establezca la cifra. Siguiendo punto del orden del día: "Intendencia". Dado el alcance del asunto en que nos encontramos inmersos, propongo la suspensión de la acción prevista para esta noche.

- ¡Uf, menos mal!

- Sí, es un alivio.

- Ya me estaba hartando esto de salir tanto de noche...

- Sí, sí, yo lo acepto.

- Por mí, encantado...

Marcos Vera cerró el libro como si con sus páginas pretendiese atrapar una mosca impertinente. Se sentía asfixiado entre las cuatro paredes, preso del implacable acoso al que se veía sometido y temeroso del mundo exterior que lo amenazaba. Se sentía mal, como empequeñecido y despreciable, maloliente, infestado como un leproso apartado del mundo, un proscrito maldito y forajido con una orden de busca y captura dictada por él mismo con el informe favorable de Lourdes. Un preso. Buscó otra vez, por instinto, el paquete de cigarrillos y lo vio tan mugriento y desheredado que tuvo tanta pena por él como por sí mismo. Afortunadamente en el cenicero dormían su muerte rápida dos colillas de buen ver de las que, ansioso y habilidoso,

pudo sacar algunas bocanadas de humo. Sentado en la cama, con la boca apesosa pero rebañando con saliva los restos de nicotina, se puso a pensar en su situación. No sabría explicar cómo, ni cuáles fueron las líneas sucesivas en la asociación de ideas, pero de repente recordó su comida del día anterior en un restaurante caro de la parte alta de Barcelona. Había comido angulas, más de un cuarto de kilo él solo, y las recordaba una a una abrasándose de amor junto a los trozos seguros de guindilla, seguros porque sabían que eran los únicos que se iban a librar de su apetito. Y recordó las frescas almejas, matadas a golpes de gotas de limón, y la crema catalana que sólo le preparaban para él y sólo como a él le gustaba, mucha crema, poca cubierta y poco quemada. La idea de la crema catalana lo llevó, en un vuelo fugaz de su mente, a la necesidad de comer algo y pronto su estómago y los jugos salivares se aliaron para enredar las cosas. Pensó que en algún rincón de aquella casa debería haber una nevera, o al menos una alacena en la que encontrar algo comestible. O, en el peor de los casos, algún cigarrillo abandonado y perdido por cualquier esquina.

No lo pensó más: dio un par de vueltas por la habitación y abrió la puerta. No había peligro alguno en husmear por el resto de la casa, bajar a lo que sin duda había sido un salón y comprobar con sus propios ojos todos y cada uno los rincones de su presidio.

Recorriendo las habitaciones en compañía de Doc, pensó en lo hermosa que podría ser la vida allí, junto a Lourdes, reposando en verano y mirando la televisión junto al hogar en invierno, o pelando patatas en la cocina para cocerlas, mezclarlas con perejil y sal y añadirles unos trocitos de cerdo que lo hiciesen olvidar la vorágine de trampas fatales en que se había convertido su vida.

## 12

Altramuz seguía sentado en la terraza del bar pensando en lo que le diría a la cajera del "*Triple Sam*" para convencerla de que no era su intención hacerles daño alguno, ni a ella ni a su amigo Vera. Tendría que explicarle toda su historia, incluido el atentado a sus vidas que había llevado a cabo la noche anterior, pero estaba seguro de que sería una chica lista y de que, aunque al principio se aterrorizara, después entendería que era mejor contar con él como aliado que como enemigo.

Intentaría llegar a un pacto con ella para que lo condujera hasta él, y luego pretendería un mutuo acuerdo para librarse de Mateu, para acabar con aquel gusano para siempre.

Llevaba demasiado tiempo sentado allí, meditando. Tres cervezas, por lo menos, se habían ido colando por sus labios y su paladar, en dirección al estómago en donde tenían una cita con una ración de berberechos y una docena de boquerones en vinagre hecha bocadillo entre patatas fritas, como a él le gustaban. Y tanto meditaba, tan abstraído estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que ante él, con paso firme y decidido, pasaba el mismísimo Lluís Mateu calle abajo, en dirección a la torre.

- Último punto del orden del día -anunció Subirats-. Me han llegado noticias de que la casa en la que ocultamos las armas, la munición y el resto de nuestros materiales se ha puesto a la venta. Como todos sabéis, es una torre cerca de aquí que llevaba abandonada un par de años, desde que sus dueños murieron en un accidente de tráfico. Recordad que, como conocíamos el largo pleito que se avecinaba sobre la propiedad, tomamos la decisión de guardar y esconder allí todo nuestro arsenal y el aparato de la organización. Consta en el libro de actas, supongo. El caso es que la hija de los propietarios, una chica que antes trabajaba en el Hotel Colón y a la que ahora hemos perdido la pista, puso el asunto en manos de un abogado del centralismo imperialista y ha conseguido arreglar los papeles. En resumen: la casa se ha puesto a la venta y, como nunca se sabe, igual aparece algún chiflado que quiere comprarla, se la enseñan y descubre allí todo el pastel. ¿Entendéis lo que quiero decir? No nos queda más remedio que cambiar de sitio, llevarnos las armas de allí, hacerlas desaparecer. Propongo, por tanto, que al acabar la reunión vayamos y lo recojamos todo.

- Muy bien -dijo Guixols-. ¿Cuántos coches tenemos?
- Yo tengo el mío -dijo Puig.
- Y yo he traído la furgoneta de papá -añadió López i López.
- De acuerdo -sentenció Subirats-. Con eso basta. ¿Vamos allí?
- Adelante -dijeron todos.
- Vamos.

El Comité Central en pleno de *Granollers Lliure* se disolvió y sus miembros fueron saliendo de dos en dos minutos alternando la puerta principal con la puerta trasera del bar. Cuando finalmente estuvieron todos acoplados en la furgoneta de López i López y el Dos Caballos de Puig, se dirigieron dando un rodeo hacia la torre. Por el camino Palau i Pons hizo la gran pregunta:

- ¿Y adónde llevaremos las armas?
- Ya lo pensaremos -ganó tiempo Subirats, que no tenía la más remota idea de cómo contestar la sensata pregunta de su compañero.

Al llegar a la torre dejaron los vehículos aparcados en el callejón lateral, el que conducía directamente al puerto, y entraron sigilosamente en la casa, como siempre, por la puerta de atrás, la que correspondía a la habitación que les servía de almacén. Una vez dentro, cerraron la puerta, se pusieron a hacer inventario y, mientras Carbonell leía prepotente "*El Capital*", de Marx, el resto limpiaba algunos *cetmes*, una docena de *stars* y una *marietta*, a la vez que intercambiaban opiniones sobre cuál podría ser el destino definitivo de aquellos instrumentos de los que ninguno de ellos conocía sus mecanismos de manejo.

Mateu dio con facilidad con la torre. En la fachada, en efecto, un cartel anunciaba en letras negras sobre fondo blanco que la casa estaba en venta. Abajo, en un tipo de letra más pequeño, podía leerse un número de teléfono. Por si acaso, llamó educadamente al timbre mohoso que encontró junto al quicio del portón, pero la corriente eléctrica no estaba dada. Se atrevió a utilizar los nudillos y golpeó la madera dos o tres veces con suavidad, aunque con la intensidad suficiente como para que fuera respondido por un ladrido de Doc, más de cumplido que amenazador. Marcos Vera se quedó inmóvil al oír la llamada y, sigilosamente, se agachó en medio del salón, permaneciendo en cuclillas unos minutos con los ojos clavados en la puerta en la que habían resonado los golpes, a la expectativa, temeroso de que pudiera saltar hecha añicos y lo cosieran a balazos, indefenso y desarmado como estaba.

Los miembros de la dirección de *Granollers Lliure*, que también escucharon la llamada, contuvieron la respiración mirándose unos a otros sin saber qué decisión tomar. Subirats les hizo un gesto con las palmas de las manos y todos permanecieron quietos y en silencio.

Sólo el perro, más aburrido que los demás y ajeno a cuanto allí se trajinaba, ladró un par de veces, aceptando el envite.

Mateu, tras esperar unos segundos, se convenció de que no había nadie, de que la casa estaba deshabitada y abandonada. Anduvo un poco por los alrededores, más que nada para curiosear, y se acercó a una ventana para comprobar el estado de su interior. Y allí, agachado y mirando hacia la puerta, como un feto en el seno materno, pudo verlo con toda claridad. ¡Era él: Marcos Vera, el mismísimo Marcos Vera en persona, agachado y acobardado, como nunca se lo hubiese podido imaginar; pero era él, solo él, de perfil, y seguramente cagándose de miedo por la postura en que estaba!

No necesitó ver más. Se dio cuenta de que Vera no lo había visto y corrió a la cabina telefónica más cercana que encontró, arriba en la esquina, junto a la terraza del bar, enfrente de algo parecido a un supermercado, para llamar a sus muchachos.

- ¡Dejad todo lo que estéis haciendo y venid aquí de inmediato! -gritó.- ¡Ya tenemos al ratón en la ratonera!

- ...

- ¡Ni peros ni nada! ¡Coño! ¡He dicho que aquí ahora mismo! Estoy en una cabina telefónica frente a un sitio que se llama, se llama... "*Triple Sam*". Eso es, en el puerto. ¡Ah, y venid armados! ¡Deprisa!

Ahora sí. Ahora Altramuz descubrió, perplejo, a Mateu saliendo de una cabina telefónica y quedarse solo allí, de pie, con toda la tranquilidad del mundo, como si estuviera esperando el autobús un domingo por la mañana, encendiendo otra vez su colilla de puro, levantando mucho la barbilla para no quemarse la nariz con la llama del mechero.

¿Cómo lo habría descubierto? Altramuz estaba desconcertado. Reconocía en el fondo que los jefes, si eran jefes, por algo sería. ¡Qué olfato, qué talla, qué clase! Altramuz se tapaba la cara como podía, con las manos, con las gafas, incluso con el vaso de cerveza vacío en el que aún quedaban restos de espuma. Quizá lo había menospreciado y no había valorado su astucia

ni considerado sus enlaces. Era posible que hubiese cometido una torpeza quedándose allí, en la terraza, a la vista de todo el mundo y durante tanto tiempo. Pero ya era tarde para lamentaciones: lo había descubierto y lo peor que podía hacer era salir corriendo.

Y sin embargo lo sorprendía su actitud. Ni una sola vez lo había mirado, ni tampoco parecía tener la menor intención de ocultarse para que él no lo viera. Estaba allí, solo, desafiante, tan ajeno como si nada hubiese a su alrededor que le interesase. Altramuz buscó rápidamente con la mirada para ver si lograba descubrir el escondrijo desde el que lo observaban los restantes miembros de la banda, pero no encontró ni rastro de ninguno de ellos. Una pizca de admiración volvió a posarse en su mente: no había duda de que se trataba de un gran jefe, porque un hombre que se muestra así, a pecho descubierto, es un líder. Altramuz sabía valorar estas cosas.

Pero también valoró, con preocupación, que tenía que buscar alguna salida, alguna manera de librarse de él, que era como librarse de una muerte segura. Pensó rápido, reprodujo en su mente el "*Manual del Perfecto Terrorista*" y recordó una máxima fundamental: "*A grandes males, grandes remedios*".

No le gustó la única solución que encontró, pero al menos era una salida y con ella podría ganar tiempo. Secuestraría a punta de navaja a la cajera y, escudado tras ella, llevándola como rehén, intentaría salir de allí. Quizá Mateu no tuviera respuesta a eso, lo cogería desprevenido y se desconcertaría, o en el peor de los casos dispararía primero sobre ella. Y a fin de cuentas, también había la posibilidad de que se armara un jaleo de cuidado, llegase la policía, lo detuvieran y la propia policía lo sacara de allí. Porque entre la policía y Mateu, Altramuz encontraba enormes diferencias sin duda favorables para las fuerzas de seguridad.

Sabía que su acción complicaría aún más sus futuras relaciones con la muchacha y con Marcos Vera, pero no había opción.

## 16

Subirats, el secretario general, pidió calma a sus muchachos.

- Tranquilos, camaradas -dijo en un susurro-. El perro ya ha dejado de ladrar o sea que, fuera quien fuese, ya se ha ido.

- Quizá los que deberíamos irnos somos nosotros -insinuó Guixols con cierto nerviosismo.

- Antes hay que decidir adónde llevaremos todo el material -recordó Subirats.

- ¡Pero si es chatarra! -dijo Palau i Pons.

- Cuatro trastos -apostilló Puig.

- Total, no vale nada -secundó López i López.

- Y además llamamos a Echevarrigoyena y le pedimos un poco más -concluyó Puig.

- ¡Silencio! -ordenó Subirats-. Sin armas no hacemos nada. ¿Os creéis que la revoluc... - miró a Carbonell, que ya estaba tamborileando en la mesa con sus dedos inquietos y cara de pocos amigos, y rectificó la pregunta:- ¿Crees tú, amado Carbonell, que la revolución puede hacerse sin armas?

El ideólogo Carbonell sonrió satisfecho mientras se rascaba la coronilla.

- Sí, creo que sí.

- ¿Y cómo? -se interesó Subirats.

- Ya lo pensaré -respondió Carbonell-. Pero ahora puedo asegurar que es preferible un revolucionario desarmado y vivo que un revolucionario armado pero muerto. Con matizaciones, claro. Si se tratase de conseguir un mártir... Pero no creo que sea esa la cuestión que se debate aquí y ahora.

Siguió un silencio de admiración por la claridad expositiva, y sobre todo de ideas, del ideólogo. Alguien comentó por lo bajo los beneficios indudables del hábito de la lectura y un compañero, más incrédulo, se refirió, también en un susurro, a la vagancia, que deja mucho tiempo libre. Pero salvo aquellos susurros casi inaudibles, el resto fue silencio, respeto y admiración. Carbonell, no ajeno por supuesto al impacto que una vez más habían causado sus palabras, se ajustó los lentes con elegancia y volvió sus ojos a las páginas del libro que parecía estar leyendo.

- Está bien, está bien... De acuerdo -el secretario general rompió el silencio aceptando las palabras de sus compañeros-. Podéis marcharos. Yo me quedaré aquí para trasladar el armamento. Si esta noche a las doce no estoy en el *Universal*, o a las dos en *K.G.B.*, podéis elegir otro secretario general.

- ¡Ni hablar! -se opuso con sincera energía Guixols-. ¡Ante todo responsabilidad, compañeros! ¡Yo exijo responsabilidad!

- ¡Yo me quedo! -insistió Subirats.

- ¡Pues si tú te quedas, yo también! -Guixols se puso chulo.

- ¡Y yo! -dijo Puig.

- ¡Yo también! -se apuntó Carbonell.

- ¡Está bien, está bien! -gritó Subirats-. ¡Seamos un poco sensatos y decidámoslo en plenario! A ver: votos a favor de quedarse.

- ¡Moción de orden! -levantó la voz López i López-. ¡Elijamos un moderador!

- Eso, eso. Y que se decidan dos turnos a favor y dos en contra.

- Uno y uno está bien, creo yo.

- Pues yo quiero dos y dos.

- ¡Basta!

- ¡Orden, orden! ¡Un moderador!

- ¡Yo propongo...!

- ¡Tú te callas, que yo he pedido antes la palabra!

- ¿Y tú quién eres para mandar callar a nadie, pinchaglobos?

- ¡Una pistola! ¡Que alguien me dé una pistola!

Subirats se cubrió la cara con las manos y por un momento parecía que iba a echarse a llorar. Al observar su actitud, poco a poco las voces se fueron apagando hasta que se restableció el más absoluto silencio. Entonces el secretario general retiró sus manos de la cara, mostró el rostro más compungido y atormentado que sus compañeros habían tenido nunca ocasión de contemplar y, mirando a Carbonell, el ideólogo de la organización, le espetó sin rodeos con cuanta gravedad pudo:

- A ver, tú, listo: ¿Tú crees que con esta pandilla de majaderos, con estos gusanos paráliticos cerebrales, con esta chusma, en fin, es posible hacer algún tipo de revolución?

Carbonell no se arredró. Le devolvió un gesto adusto, fijó la mirada con dureza en la de Subirats y contestó con un refinamiento ensayado no exento de una cierta brusquedad:

- ¿Y tú crees que con un secretario general así podría hacerse? Compañero: la revolución exige debate, mucho debate. Si pretendiésemos una dictadura fascista como finalidad objetiva de nuestro movimiento revolucionario liberador e independen-tista, sin duda te

hubiésemos elegido a ti como ideólogo de la organización. No sé si me explico con la suficiente claridad.

- Bueno, basta -cortó Guixols-. ¿Elegimos un moderador o no?

- Venga, venga, elijamos pronto un moderador -corroboraron todos nuevamente ilusionados. Y alguien añadió:- Yo propongo a Subirats.

- ¡Eso, eso! -la voz unánime brotó como un rugido eufórico de todas las gargantas.

Una lágrima estuvo a punto de desbordarse y deslizarse por la mejilla del secretario general. En el fondo dudaba si debía atender a sus compañeros o pegarse allí mismo un tiro en la sien. Lo que ninguno de sus camaradas podía saber era que aquella mirada vencida y triste procedía de una emoción muy cercana a la desesperación...

## 17

Aquella tarde de febrero empezaba a hacerse noche en Barcelona. Marcos Vera, una vez repuesto del sobresalto, volvió a su habitación y se tendió en la cama pensando que tal vez se había tratado de un posible cliente interesado en visitar la torre para comprarla. Comprendió que estaba demasiado nervioso y que su proverbial aplomo se estaba esfumando con la tensión que estaba viviendo. Por fortuna aún le quedaban un par de tabletas de valium en su pastillero y se las tragó a palo seco. Tal vez dos pastillas de un sedante tan fuerte como el valium era demasiado, pero aun así las tomó sin pensar en que, con tal dosis, le costaría esfuerzo mantenerse despierto. De todas maneras, a estas alturas, también le importaba poco estar más o menos dormido. Su única misión, hasta que volviese Lourdes, era esperar, así que durmiendo, pensó, la espera se haría más corta. Se tendió relajado, abrió uno de los libros y volvió a mirar los gusanillos que formaban palabras y frases. Y no pudo recordar nada más: sus ojos se entornaron, los párpados pugnaron por elevarse sobre las pupilas y, vencido por completo por la farmacopea, sin darse cuenta, se quedó profundamente dormido.

Doc, ajeno a cuanto ocurría, indiferente y calmado, se sentó en el suelo, a sus pies, a buscarse una pulga en el lomar.

Entre tanto, Lourdes hizo una pausa en su trabajo y llenó dos bolsas con algunas latas, dos botellas de agua, una de whisky, un cartón de cigarrillos americanos y varias revistas. Pidió permiso al encargado para ausentarse unos minutos y, aunque la petición no hizo nada feliz al enano de bata blanca responsable del personal, Lourdes salió del "*Triple Sam*" con el tiempo justo para acercarse a la casa, darle un beso al hombre de su vida y volver a toda prisa al supermercado, a continuar su trabajo.

Lo que Lourdes no podía sospechar ni remotamente era que el encargado, aquel enano con gafas vestido de blanco, al ver cómo se alejaba corriendo con las bolsas llenas de productos del establecimiento, sentiría los gatos del celo profesional revolverse por las tripas y, pensando que estaba robando, llamaría a la policía. Instantes después de hacer la llamada se arrepintió, le pareció que tal vez había exagerado un poco y debería haberle preguntado antes a la chica, pero se consoló pensando en que, sin duda, los jefes le recompensarían su celo profesional y su atención esmerada a todos los detalles, por nimios que pudieran parecer.

Altramuz se puso de pie como impulsado por un muelle cuando vio a Lourdes salir del establecimiento, dispuesto a detenerla y efectuar la interpretación del secuestro y la fuga que había preparado para su propia protección. Fue a cruzar la calle sin mirar y, por instinto, tuvo que detenerse bruscamente porque un coche que cruzaba a toda velocidad estuvo a punto de echársele encima, atropellándolo. Tuvo tiempo de dar un salto atrás y ver, estupefacto, a Andreu y a Rius, este último al volante, que sin duda iban al encuentro de su jefe.

Altramuz los vio con claridad; ellos, en cambio, con la mirada puesta en el jefe, que los esperaba en la esquina, ni siquiera repararon en que habían estado a punto de atropellar a un viandante, cuando menos en distinguir que aquel transeúnte era el fichaje almeriense que debían haber eliminado en el Parque.

El tirador más famoso de Almería se quedó inmóvil, petrificado, sin saber qué hacer. Antes de iniciar la huida, tuvo tiempo suficiente para ver cómo frenaban junto a Lluís Mateu, se bajaban del coche a toda prisa y se ponían a escuchar algo que el jefe les estaba indicando, señalando el final de la calle, precisamente la misma dirección a la que se encaminaba apresurada Lourdes, ajena a cuanto en la calle estaba sucediendo, con una bolsa repleta en cada mano como un ama de casa cualquiera con la compra del día y pensando sólo en él, que seguro que la esperaba ansioso, derritiéndose de amor.

Mateu y sus hombres echaron a andar calle abajo, diez metros detrás de Lourdes, quien ni les conocía ni, obviamente, ellos la conocían tampoco de nada. Altramuz, con la claridad analítica que lo caracterizaba, dedujo que, por la indiferencia de que era objeto, no sólo no lo habían visto sino que la presencia de la banda completa allí, o lo que quedaba de ella, no respondía a la suya o quizá..., sí, quizá se debiera al mismo objetivo: ¡Marcos Vera!

No se lo pensó dos veces y decidió seguirles a una distancia prudencial, para no ser reconocido.

Por la calle principal del puerto, en dirección a la torre, caminaba con cierta armonía una procesión encabezada por Lourdes, seguida de la banda de Mateu, con el jefe ligeramente adelantado y su banda flanqueándole para cerrar huecos, y detrás, un poco detrás, Altramuz, bajada el ala del sombrero, subido el cuello de la chaqueta y con unas absolutamente innecesarias y estrafalarias gafas de sol. Cómo serían las gafas que la gente sólo lo miraba a él, e incluso algunos giraban la cabeza para esbozar una leve sonrisa o se ponían a mirar con curiosidad por los alrededores para ver si descubrían la cámara oculta que los estaba grabando.

Altramuz, imperturbable, seguía su camino sin perder de vista la nuca de Mateu, con las manos en los bolsillos, acariciando con su dedo pulgar el mango sólido y suave del cuchillo de monte que acababa de comprar en el "*Triple Sam*".

Lourdes entró en su casa con la confianza y naturalidad lógicas. Iba a subir al piso de arriba cuando, de repente, un pequeño ruido en el cuarto del fondo llamó su atención. Pensó que Marcos no había aguantado tanto tiempo en la habitación y que andaría por ahí, entrometiéndose, curioseando, sin darse cuenta de que lo mejor para su integridad sería hacer

caso de cuanto le había recomendado y quedarse quieto. Pero Lourdes sabía que Marcos era como era y esperar que atendiera sus opiniones era pedir demasiado.

Sin rencor ni disgusto por su actitud, sino para divertirse, a Lourdes se le ocurrió jugar a sorprenderle y se acercó sigilosamente hasta la habitación del fondo, procurando no hacer ruido al caminar y llevando las bolsas en alto para mostrarle los víveres y que se pusiese contento. Al llegar junto a la puerta tomó el pomo con mimo y la abrió de golpe mientras, con una enorme sonrisa en los labios, dijo:

- ¡Sorpresa! ¿Quién está aquí?

La sonrisa se le heló en los labios, naturalmente, mientras toda la plana mayor de *Granollers Lliure* la miraba, en efecto, sorprendida, e incluso alguno de sus miembros se apuntaba con el arma su cabeza, en un gesto heroico instintivo aprendido en las películas de espías del cine negro norteamericano de los años cuarenta. Y en ese mismo instante Mateu y su banda -o lo que quedaba de ella- decidieron entrar por la puerta de atrás, precisamente la que daba al almacén, con la única intención de sorprender desprevenidos a Lourdes y a Marcos Vera. Abrieron de golpe el portón, por el procedimiento de darle una patada a la puerta, y allí se encontraron, para su sorpresa también, a un grupo de hombres, de pie, armados hasta los dientes, los componentes de una organización terrorista que, igualmente desconcertados, se giraron de repente para ver quiénes entraban por la retaguardia. Al unísono, aterrados, pálidos y sin poder oírse el uno al otro, tanto Subirats como Lluís Mateu gritaron desahogados:

- ¡La policía, huyamos!

- ¡La banda de Vera, huyamos!

Y salieron despavoridos, la banda de Mateu otra vez a la calle, el Comité Central arrollando a la chica por el interior de la casa en busca de la puerta de la fachada principal.

Altramuz, que seguía a Mateu y los suyos, se encontró de repente con que la banda en pleno corría hacia él y pensó que sus intenciones eran cogerlo para matarlo. Sin dudarle, como mecanismo instintivo de defensa, sacó el cuchillo de monte y, en vez de dejarse arrollar por los que corrían ciegos hacia él tan sólo preocupados de que no se les volase el sombrero y de mirar atrás de cuando en cuando, estiró su cuchillo mostrándoselo a sus imaginarios perseguidores, con tan mala fortuna que Mateu, en su loca carrera mirando atrás, se estrelló contra la hoja ancha de veinticinco centímetros de largo y se la introdujo en el estómago hasta la empuñadura. Le entró con tanta fuerza -mucho de la cual la hizo el propio Mateu-, que sólo tuvo tiempo de abrir la boca y poner los ojos en blanco antes de caer fulminado, muerto al instante, antes incluso de que el fardo de su cuerpo se estrellara contra el suelo. Y al abrir la boca, de forma inevitable, la colilla del puro se cayó, descansando en paz, finalmente.

Andreu y Rius, aterrados, no se pudieron explicar lo ocurrido. Detuvieron incrédulos su huida, miraron y reconocieron a Altramuz y a su jefe, alternativamente, y poco a poco se acercaron para verlo allí tendido, sangrando por el estómago, empapando la camisa y la chaqueta con un río de sangre que muy pronto iba a formar un charco en el suelo. Andreu, llevándose las manos a la cabeza, se echó a llorar mientras Altramuz, igualmente impresionado, observaba el cadáver de su enemigo tendido a sus pies. Rius se puso a gritar:

- ¡Imbécil! ¡Pero, qué has hecho, desgraciado! ¡Qué has hecho!

- Yo..., yo... -repetía Altramuz con una sonrisa nerviosa en los labios, como disculpándose.

-¡Loco! ¡Estás loco! -repetía Rius-. ¿Qué va a ser ahora de mis hijos? ¿De qué van a comer? ¡Estás loco! ¡Loco!

Y sacando una navaja, con los ojos desorbitados y sanguinolentos, con una rabia incontenible, le acuchilló repetidamente la espalda mientras gritaba desesperado que le había quitado el pan de sus hijos.

Altramuz, tan lejos de su Almería natal, murió casi instantáneamente. Andreu, tomando a Rius por los hombros, intentó calmarlo llevándose de allí.

- ¡Vamos, vámonos de aquí! ¡Esto se va a poner muy feo! ¡Corre!

Y allí dejaron los dos cadáveres, uno encima del otro. Corrieron por la callejuela lateral hasta el puerto, en donde se entremezclaron con pescadores y prostitutas mientras crecía el ulular de los coches patrulla que se dirigían a la torre.

La policía, que iba en busca de una ladrona de mercaderías en el *Triple Sam*, fue la primera en sorprenderse al ver dos hombres muertos, uno sobre otro, frente a la fachada principal de la torre. Rápidamente dieron aviso de los hechos a la Jefatura y a los demás coches policiales que patrullaban por el barrio y pronto llegó hasta la torre una sinfonía de sirenas que fueron instalándose por los alrededores formando un coro multicolor. Ambulancias, UVI móviles, coches patrulla, un coche de bomberos, varias unidades de la policía municipal... Los últimos en llegar, que frenaban haciendo chirriar sus neumáticos para dar sensación de eficacia como servicio ciudadano, se cruzaron con la furgoneta y el Dos Caballos en los que el Comité Central de *Granollers Lliure* huía desbocado del lugar de los hechos. Subirats pensó que habían caído en una trampa, que estaban acabados, y decidió que lo mejor era rendirse sin oponer resistencia, una opinión que muy pronto compartió Carbonell, el ideólogo de la organización. Así pues, ordenó a López i López que frenara y se entregaran todos sin luchar pero, para su sorpresa y estupor, tres policías que los rodeaban, apuntándoles con las metralletas, asomaron su cabeza al interior de los coches, descubrieron que no se trataba de nadie importante y les gritaron:

- ¡Vamos, circulen, no molesten! ¡Vamos, vamos! ¡Serán curiosos...!

Por la calle del puerto, avanzando despacio en sus vehículos, *Granollers Lliure* se sentía ignorada y humillada por las fuerzas de ocupación. La tristeza podía leerse en sus rostros con la misma facilidad con que los catecúmenos entienden el nuevo catecismo. Los esquemas se les rompieron como jarrones de porcelana fina estrellados contra el suelo y, descorazonados, a punto estuvieron de echarse a llorar. Desilusionados, despechados y fracasados, decidieron autoconvocarse al día siguiente para estudiar seriamente la conveniencia de su disolución y la solicitud de ingreso en bloque en Convergencia o en Unió, según lo que se decidiese.

La policía, allá atrás, observaba los cadáveres y, sin tocar nada, llamó al juez de guardia para que procediese a levantarlos. Un sargento y cuatro números se acercaron a la torre y se dieron cuenta de que dentro había gente. El sargento habló con el capitán y éste, adiestrado, ordenó avisar a más patrullas y rodear por completo el edificio.

Entraron sigilosamente, cubriendo puertas y ventanas, sin arrastrar los pies y con el armamento desenfundado. Fueron unos instantes de intensa emoción en los que todo era nerviosismo y precauciones. Un paso, otro más. Por fin, con las gotas de sudor empapándoles la frente, la respiración contenida y las manos crispadas, se abalanzaron sobre la puerta, entraron en el almacén y encontraron a Lourdes acariciando alelada un fusil, totalmente desconcertada ante la visión de semejante arsenal en su propia casa, tan abatida como inmóvil.

No pudo hablar. Tampoco opuso resistencia a ser detenida. Con los ojos perdidos en el infinito, se fue con los guardias en un coche celular, esposada, instantes antes de que dos ambulancias chillonas se llevasen desmadrados los cuerpos inertes de Lluís Mateu y Altramuz,

que curiosamente conservaban, a saber por qué, un rostro angelical, como si no hubiesen roto un plato en su vida.

19

Entre sueños, Marcos Vera creyó oír una sinfonía de sirenas y por su subconsciente se enredaron ideas de pequeños incendios y accidentes de tráfico, pero a lo lejos, muy a lo lejos, como si estuviese observando el ajetreo desde lo alto de un rascacielos. En el cenit del altercado que se estaba produciendo delante de la casa donde dormía apaciblemente acurrucado por el valium, entreabrió un ojo y vio a Doc tumbado junto a él, rascándose la cabeza con su pata trasera, sin alteración alguna. Volvió a cerrar los ojos y continuó durmiendo tan profundamente que hasta el hambre se olvidó de él.

A la mañana siguiente se despertó muy temprano. Aún no había empezado a amanecer. Le costó trabajo identificar el lugar y recordar por qué estaba allí. Su cabeza era de corcho. Cuando finalmente lo hizo, se incorporó y notó los huesos entumecidos. No le importó; en cambio, lo que le extrañó fue que Lourdes no estuviese a su lado.

Le extrañó y lo inquietó. Se levantó con tanta brusquedad que hasta Doc se sobresaltó, moviendo el rabo y ladrando un par de veces, como pidiendo explicaciones por una conducta tan desconsiderada a horas tan intempestivas. Marcos Vera, preocupado, se puso los zapatos y salió a la calle a buscarla.

En el bar que había frente al "*Triple Sam*", el único que estaba abierto a esas horas, se detuvo para tomar un café y comprar cigarrillos. El dueño, somnoliento aún, le puso la taza y le ofreció un poco de pan recién hecho porque no había otra cosa. Marcos aceptó sin demasiado entusiasmo y, mientras esperaba a que le sirvieran la leche y el azúcar, se puso a mirar por los alrededores. De pronto, algo llamó su atención y le heló la sangre. Sobre la barra del bar estaba el periódico de la mañana y en su portada, excesivamente grande, una fotografía de Lourdes ilustraba una noticia a tres columnas con un titular desmedido: "DESARTICULADO UN COMANDO DE GRANOLLERS LLIURE. LA POLICIA INTERVIENE EL ARSENAL DE LA ORGANIZACION TERRORISTA". Marcos Vera se bebió, atragantándose, toda la información de la portada y de las páginas interiores. En ella se decía que Lourdes Castelldefels era miembro destacado de la organización; que en la acción policial habían resultado muertos dos miembros de *Granollers Lliure*, el mafioso Lluís Mateu y un tal Altramuz, el agente de la organización en Almería, quien preparaba una cadena de atentados; que también eran responsables del asunto del contrabando de preservativos, realizado por Lourdes y un tercer miembro en paradero desconocido, de quien la chica no había podido dar más referencias si bien se sospechaba que podía tratarse de un ciudadano español que los servicios de información habían detectado el fin de año último en una república africana aún sin concretar; que con esa acción se podía considerar desarticulada la banda terrorista y que, en fin, otro éxito más de la policía barcelonesa que había demostrado su eficacia, preparación, intuición y conocimiento del servicio que tenía encomendado para la custodia y vela de la seguridad ciudadana. Finalmente, la prensa daba por hecho que la brillante acción policial había logrado ambos objetivos: la desarticulación de la organización terrorista y el esclarecimiento del turbio asunto de los preservativos. No obstante, como era lógico, el juez tendría la última palabra. Así terminaba la información, acompañada,

como es habitual, de una relación de los atentados atribuidos a *Granollers Lliure* y haciendo votos, en un recuadro final, para que el propio ministro del Interior se acercara en visita oficial a Barcelona para felicitar personalmente a los miembros de las fuerzas de seguridad.

Marcos Vera tuvo un primer momento de rabia que se agudizó por la impotencia. Se sentó a una mesa para pensar qué podía hacer y se fumó, uno tras otro, media docena de cigarrillos. Pensó que su obligación era personarse en comisaría y aclararlo todo, para recuperar a Lourdes aunque a él le costase cara la confesión. Pero un momento después decidió que tampoco él lo tenía nada claro, que ni podría explicar el almacenamiento de tanto armamento en la casa donde había dormido, ni quién era ese tal Altramuz, ni tan siquiera que Lourdes no formase parte de algún grupo armado. Pasó momentos de confusión y zozobra. La duda se fue apoderando de él y, café tras café, no se sintió capaz de desenmarañar una historia tan ajena como si hubiese ocurrido en Madrid, Arizona, EEUU. Por eso reflexionó, una vez más, y su actitud cambió. Las ideas, como iluminadas por los primeros rayos del sol, se le fueron aclarando hasta que pudo percibirlas con total nitidez.

Pensó que Lourdes tenía para varios años de cárcel, diez tal vez, quizá más; que la torre se quedaba sin dueño durante todo ese tiempo y que, al fin y al cabo, era un buen lugar para ir creando un hogar en el que esperar pacientemente su regreso; y que si no regresaba nunca, tampoco podría calificarse aquello como una desgracia; que en compañía de Doc, y con cuatro trastos bien escogidos, quedaría un rincón muy acogedor para las frías noches de invierno y fresco para los calores del estío; que era el momento justo para retirarse de todos sus negocios; que ella, en última instancia, en la cárcel tampoco iba a estar tan mal, que últimamente habían mejorado mucho; y que por lo que a él se refería, puestos a elegir, prefería la relajante comodidad de una torre en el puerto de Barcelona que una nueva vida, a saber si incierta y acaso sobresaltada, llena de problemas, en la lejanía geográfica de las Islas Seychelles...